

VELADA NOVENA.

EL SENADOR.

Y bien, señor conde, ¿venis dispuesto á continuar el examen de la cuestion de que nos hablásteis ayer?

EL CONDE.

Señores, no omitiré nada para satisfaceros segun mis fuerzas; pero ante todas cosas, permitidme os haga observar que todas las ciencias tienen misterios, y que presentan ciertos puntos donde la teoria mas evidente en apariencia, se encuentra en contradiccion con la esperiencia. La politica, por ejemplo, ofrece muchas pruebas de esta verdad. ¿Qué otra cosa hay mas extravagante en teoria que la monarquia hereditaria? Nosotros juzgamos por esperiencia; pero si jamás se hubiese oido hablar de gobierno y fuese necesario elegir, uno, creo se tendria por loco á aquel que prefiriese la monarquia hereditaria á la electiva. Sin embargo, sabemos por esperiencia que el primero en todos conceptos es el mejor, y el segundo el peor. ¿Qué de argumentos podrán acumularse para probar que la soberania viene del pueblo! Sin embargo, no hay nada de eso. La soberania siempre se toma; jamás se dá; y una segunda teoria mas profunda, manifiesta en seguido que esta debe ser así. ¿Quién no dirá que la mejor constitucion politica es aquella que ha sido deliberada y escrita por hombres de estado, perfectamente enterados del carácter de la nacion y sus necesidades, y que por lo mismo han previsto todas los casos? Sin embargo, nada hay mas falso. El pueblo mejor constituido, es aquel que tiene escritas menos leyes constitucionales, y toda constitucion escrita es NULA. No habreis olvidado

el dia en que el profesor P. se irritó tan fuertemente contra la venalidad de los cargos establecidos en Francia. No creo, en efecto, que haya nada mas indigno á primera vista, y sin embargo, no fué difícil hacer comprender aun al mismo profesor el paralogismo que considera la venalidad *en si misma*, en lugar de considerarla únicamente como medio hereditario, y yo tuve el placer de convenceros que una magistratura hereditaria es lo mejor que puede imaginarse en Francia

No nos admiremos pues, si en los demas ramos de nuestros conocimientos, en metafisica sobre todo y en historia natural, encontramos proposiciones que se resistan á nuestra razon, y que sin embargo se demuestran desde luego por medio de los mas sólidos racionios. En el número de estas proposiciones es necesario colocar una de las mas importantes que me contenté con anunciar ayer, á saber: *que padeciéndolo justo voluntariamente, no solo satisface por si mismo, sino por el culpable que por si solo no podria pagar.*

En vez de hablaros yo mismo, ó mas bien. antes de hablaros yo mismo sobre este grande asunto, permitidme, señores, que os cite dos escritores que lo han tratado cada uno á su manera, y que á pesar de no haberse leído jamás ni conocido mutuamente, coinciden en algunos puntos con una maravillosa conformidad.

El primero es un gentil-hombre inglés, llamado Jennyns, muerto en 1787, hombre distinguido bajo todos conceptos, y que le dió mucho honor su obra muy corta pero muy sustancial titulada: *Examen de la evidencia intrinseca del cristianismo*. No he leído produccion mas original ni más profundamente meditada, El segundo es el autor anónimo de la *Consideraciones sobre la Francia* (1), publicadas por primera vez en 1794. Este autor, sin embargo de haber sido mucho tiempo contemporáneo de Jennyns, jamás oyó hablar de él ni de su libro hasta el año 1803, de lo que podeis estar perfectamente seguros. No dudo pues, que oireis con placer la lectura de dos fragmentos tan singulares por su conformidad.

EL SENADOR.

Teneis por ventura esas dos obras? Las leeria con placer, sobre todo la primera que tiene cuanto necesita para ser de mi gusto, pues es muy buena y ademas reúne la ventaja de ser corta.

(1) El mismo conde de Maistre.

(Nota del editor.)

EL CONDE.

Ninguna de las dos tengo, pero ved allí sobre mi escritorio esos inmensos volúmenes donde hace mas de treinta años anoto todo lo que en mis lecturas encuentro de mas notable. Algunas veces me limito á simples indicaciones; otras traslado palabra por palabra párrafos esenciales; frecuentemente los acompaño de algunas notas, y muy á menudo coloco en ellas pensamientos del momento, *iluminaciones repentinas* que se estinguen sin fruto si su brillo no se fija en el papel. Arrastrado por el torbellino revolucionario á diversos ángulos de Europa, jamás he abandonado esos repertorios; y aun en el día no podreis comprender con cuanto placer recorro esa inmensa coleccion. Cada pasage despierta en mí una multitud de ideas interesantes y recuerdos melancólicos, mil veces mas dulces que todo aquello que se ha convenido en llamar *placeres*. Veo páginas fechadas en Génova, Roma, Venecia, Lausane, y no puedo leer los nombres de esas ciudades sin acordarme de los excelentes amigos que dejé allí, y que algun dia me consolaron en mi destierro. Algunos de ellos ya no existen, pero su memoria me es sagrada y jamás se borrará. Algunas veces tropiezo con páginas escritas bajo mi dictado por un niño idolatrado que la tempestad separó de mí. Retirado en este solitario gabinete, le tiendo los brazos, y hasta me figuro oír que me llama. Cierta nota me recuerda el momento en que sobre la orilla de un rio cubierto de hielo, comí en compañía de un obispo francés un manjar que nosotros mismos habíamos preparado. Aquel dia disfrutaba buen humor, y tenia bastante fortaleza para reír dulcemente con aquel excelente hombre que me espera hoy en otro mundo mejor; pero la noche precedente la habia pasado sobre una barca descubierta, en medio de una noche profunda, sin fuego ni luz, sentado sobre cofres con toda mi familia, sin podernos acostar, ni aun apoyarnos un instante, no oyendo otra cosa que los gritos siniestros de algunos barqueros, que no cesaban de amenazarnos, no pudiendo estender sobre nuestras cabezas mas que una miserable estera para preservarlas de un aguacero que caía sin cesar.... Pero buen Dios! ¿Qué es lo que digo y á donde voy á parar? Caballero, vos que estais mas cerca tened la bondad de tomar el volumen B de mi repertorio, y sin responderme leed, esde luego el pasage de Jennyns, como el primero en el orden de fechas; le hallareis á la página 525, pues de intento le he puesto esta mañana una señal.

— En efecto, aqui está.

Demostracion de la evidencia de la religion cristiana, considerada

en si misma por Mr. Jennyns, traducida por Mr. Le Tourneur. Paris, 1769, in 4 conclusion, núm. 4, P. 517.

«Nuestra razon no basta á convencernos de que los sufrimientos de algunos individuos sean necesarios á la felicidad de todos, tampoco puede demostrarnos que sea una absoluta necesidad que al crimen siga el castigo; que no pueden por lo tanto ser impuestos sobre nosotros ni cobrados como una contribucion sobre el bien general, ó que esta contribucion no puede pagarse por un individuo tambien como por otro, y que por consiguiente, si no es voluntariamente ofrecida, no puede ser justamente aceptada del inocente en lugar del culpable....
 «Como nosotros no conocemos el origen del mal, no podemos juzgar donde está ni cual es su remedio mas eficaz y conveniente.
 «Hay que notar que á pesar de la especie de absurdo que á primera vista presenta esta doctrina, sin embargo, ha sido universalmente adoptada en todos los tiempos. Si nos trasladamos con el auxilio de la historia á los tiempos mas remotos, veremos á todas las naciones, así civilizadas como bárbaras, á pesar de la inmensa diferencia que las separa en todas sus opiniones religiosas, ponerse de acuerdo en este punto y convenir en que el medio mas ventajoso de aplacar á los dioses ofendidos son los sacrificios; es decir, por la sustitucion en los padecimientos de otros hombres y de otros animales: es imposible que esta idea se derive de la razon, pues la contradice, ni de la ignorancia que jamás ha podido inventar un recurso tan inexplicable....
 «Ni del artificio de los reyes y de los sacerdotes con la mira de dominar al pueblo; pues esta doctrina ninguna relacion tiene con este fin. La vemos arraigada en el espíritu de los salvajes mas distantes que se han descubierto en nuestros dias, y que no tienen ni reyes ni sacerdotes. Debe, pues, derivarse de un instinto natural ó de una revelacion sobrenatural; y cualquiera de las dos son igualmente operaciones del poder divino. El cristianismo nos ha descubierto muchas verdades importantes de las que antes no teníamos ningun conocimiento, y una de estas verdades es: que Dios quiso aceptar los sufrimientos de Cristo como una expiacion por los pecados humanos.... Esta verdad es tan inteligible como la que sigue: un hombre paga las deudas de otro hombre (1). Pero.... por qué Dios acepta estos castigos, ó á

(1) Es difícil en esta clase de materias descubrir ninguna cosa que haya escapado á la penetracion de Berlamino. *Satisfactio*, dice, *est compensatio pænæ vel solutio debiti: potest autem unus ita pro alio pænám compensare vel debitum solvere, ut ille satisfacere merito dici possit*. Es decir: la compensacion de una pena, ó la paga de una deuda es lo que se llama *satisfaccion*: luego un hombre puede ó compensar una pena, ó pagar una deuda por otro

»qué fines pueden conducir, es sobre lo que guarda silencio el
»cristianismo; y este silencio es sábio. Mil instrucciones no bas-
»tarian á ponernos en estado de comprender esos misterios, y por
»consiguiente no exige que sepamos ó creamos cosa alguna sobre
»la forma de ellos.»

Voy á leeros ahora otro pasage sacado de las *Consideraciones sobre la Francia*, segunda edicion, Londres 1797, in 8.º cap. 3, pág. 55.

»Sé muy bien que en todas estas consideraciones nos vemos
»continuamente asaltados por el lastimoso cuadro de los inocen-
»tes que perecen con los culpables; pero sin engolfarnos en esta
»cuestion que tiende á cuanto hay de mas profundo, se la puede
»considerar únicamente en su relacion con el dogma universal, y
»tan antiguo como el mundo, de la reversibilidad de los padeci-
»mientos del inocente en provecho de los culpables.

»Este fué el dogma, del cual me parece hicieron derivar los an-
»tiguos el uso de los sacrificios que practicaron en todo el universo,
»y que juzgaban útiles, no solo á los vivos, si es que tambien á los
»muertos (1); uso tipico que la costumbre nos hace mirar sin
»asombro, pero cuyo origen no es menos difícil de averiguar.

»Los sacrificios tan famosos en la antigüedad se dirigian tam-
»bien al mismo dogma. Decio creia que el sacrificio de su vida se-
»ria aceptado por la divinidad, y que podria equilibrar á todos
»los males que amenazaban á su patria (2).

»El cristianismo vino luego á consagrar este dogma, que es in-
»finitamente natural al hombre, aunque parezca difícil compren-
»derlo por medio del racionio.

»Así es como pudo haber en el corazon de Luis XVI y en el de
»la celestial Isabel, tal movimiento y tal aceptacion capaz de sal-
»var á la Francia.

»Se pregunta algunas veces ¿de qué sirven esas terribles aus-
»teridades, ejercitadas por ciertas órdenes religiosas y que son
»tambien sacrificios? tanto valdria precisamente preguntar, de

hombre, de modo que pueda decirse con verdad, que quien la ha satisfecho
ha sido el último. (Rob. Bellarmini, *Controv. Christ. pæci de indulgentiis*.
Lib. I, cap. II. Ingolst. 1601, in fol., tom. 3. col. 1493.)

(1) Sacrificaban al pie de la letra para descanso de las almas.—Pero, dice Platon, se dirá que seremos castigados en el infierno ó en nuestra persona, ó en la de nuestros descendientes por los crímenes que hayamos podido cometer en este mundo. A lo cual podrá contestarse que hay sacrificios muy poderosos para la espiacion de los pecados, y que los dioses se dejan ablandar, como lo atestiguan populosas ciudades, los poetas hijos de los dioses, y los profetas enviados de los dioses. (Plat. de Rep. opp., tom. VI, edit. Bipont, pág. 225, Litt. P., pág. 226, Litt. A.)

(2) *Piaculum omni decorum iræ... Omnes minas periculaque ab diis superis inferisque in se unum vertit.* (Tit. Liv. VIII. 10.)

»¿qué sirve ese cristianismo, puesto que absolutamente descansa
»sobre el mismo dogma mas estendido de la inocencia, pagando
»por el crimen?

»La autoridad que aprueba esas órdenes, elige algunos hom-
»bres y los separa del mundo para hacer de ellos unos conducto-
»res.

»No hay mas que violencia en el universo; pero estamos dañados por la filosofía moderna que nos ha dicho que todo es bien, mientras que el mal lo ha corrompido todo, y que en un sentido muy verdadero puede decirse que todo es mal, puesto que nada hay en su lugar. Habiendo bajado la nota tónica de nuestra creacion, todas las demas han bajado proporcionalmente, siguiendo las reglas de la armonia: todos los seres gimen (1) y caminan con esfuerzo y con dolor hácia otro orden de cosas.»

Estoy persuadido, señores, que no vereis sin admiracion la perfecta conformidad de dos escritores desconocidos el uno al otro, y os hallareis sin duda dispuestos á creer que dos instrumentos que no pueden oirse, no han podido ponerse tan absolutamente de acuerdo sino porque lo estaban ya uno y otro tomados aparte con otro instrumento superior que les dió el tono.

Los hombres no han dudado nunca de que la inocencia no pudiese satisfacer por el crimen, y han creido además que habia en la sangre una fuerza espiatriz; de modo que la vida que es la sangre podia redimir otra vida.

Examinad atentamente esta creencia, y vereis que si el mismo Dios no la hubiese puesto en el espiritu del hombre, jamás hubiera podido descubrirse. Las pomposas palabras de supersticion y preocupacion nada esplican, pues nunca ha podido existir error universal y constante. Si una opinion falsa reina en un pueblo, no la encontrareis en el inmediato; ó si alguna vez parece propagarse, no digo sobre todo el globo, sino en un gran número de pueblos, el transcurso del tiempo la borra.

Pero la creencia de que os hablo no está sujeta á escepciones de tiempo ni de lugar. Naciones antiguas y modernas, naciones civilizadas ó bárbaras, épocas de ciencia ó de ignorancia, religiones verdaderas ó falsas, todas han convenido en la misma creen-

(1) S. Pablo á los romanos, VIII, 19 y sig.

El sistema de la palingenesia de Carlos Bouet tiene algunos puntos de contacto con el testo de S. Pablo; pero esta idea no le ha conducido á la de una degradacion anterior: sin embargo, están perfectamente conformes. El terrible golpe que la mano divina descarga sobre el hombre, produce necesariamente otro golpe sobre todas las partes de la naturaleza.

EARTH FELT WYUND.

(Milton's Pax lost. IX, 783.)

Ved la causa porque todos los seres gimen.

cia, y sobre ella no hay disonancia alguna en el universo. En fin, la idea del *pecado* y la del *sacrificio por el pecado* estaban tan unidas en el entendimiento de los hombres de la antigüedad, que la lengua santa espresaba una y otra con las mismas palabras. De ahí viene el hebraísmo tan conocido empleado por S. Pablo, que *el Salvador habia hecho sacrificio del pecado por nosotros* (1).

A esta teoría de los sacrificios se agrega además el inesplicable uso de la circuncision, practicada entre tantas naciones de la antigüedad, que los descendientes de Isac y de Ismael perpetuan á nuestra vista con una constancia no menos inesplicable, y que los navegantes de los últimos siglos han encontrado en el archipiélago del mar Pacífico, y particularmente en Taiti, en Méjico, en la Dominica y en la América septentrional hasta los 50 grados de latitud (2). Algunas naciones han podido diferir en el modo, pero siempre han encontrado una *dolorosa y sangrienta operacion hecha en los órganos de la reproduccion*; lo que significa: *anatema sobre las generaciones humanas, y SALUD POR LA SANGRE.*

El género humano profesó estos dogmas desde su caída hasta que la grande victima *elevada para cargar todo sobre si*, exclamó sobre el Calvario:

TODO ESTÁ CONSUMADO!

Entonces, *rasgado el velo del templo*, fué conocido el gran secreto del santuario tanto como era posible en el orden de cosas de que nosotros hacemos parte. Comprendimos tambien por qué el hombre habia creído siempre que un alma podia ser salvada por otra, y por qué en todos tiempos habia buscado su regeneracion en la sangre.

Sin el cristianismo, el hombre no sabe lo que es, porque se encuentra aislado en el universo y á nada puede compararse; el primer servicio que le hace la religion es enseñarle lo que vale, manifestándole lo que ha costado.

MIRADME: DIOS ES EL QUE HA HECHO MORIR A UN DIOS. (5)

Si! Miradle con atencion, amigos que me escuchais, y todo lo veremos en ese sacrificio; enormidad del crimen que exigia tan grande espiacion, inconcebible grandeza del ser que pudo cometerle, precio infinito de la victima que dijo: *vedme aqui* (4)!

(1) II. Cor. V. 21.

(2) Véanse las cartas americanas, traducidas del italiano, de M. el conde Gian-Rinaldo Carli-Rubi. Paris, 1788, dos vol. in 8.º Carta IX, p. 149, 152.

(3) ΙΑΞΘ Μ' ΟΙΑ ΠΡΩΣ ΘΕΟΥ ΠΑΣΧΩ ΘΕΟΣ.

Videte quanta patier á Deo Deus!
(Æschyl in Prom, v. 92.)

(4) *Corpus aptastè mihi... tunc dixi: ecce venio.* (Psalm. XXXIX, 7; Hebr. X. 5.)

Si se considera que de una parte toda esta doctrina de la antigüedad no era otra cosa que el grito profético del género humano, anunciando la salud por la sangre, y que de la otra el cristianismo habia venido á justificar esta profecía, sustituyendo la realidad en lugar del tipo, de modo que el dogma innato y radical no ha cesado de anunciar el grande sacrificio que es la base de la nueva revelacion, y que esta revelacion brillante con los rayos de la verdad, prueba á su vez el origen divino del dogma que nosotros descubrimos constantemente como un punto luminoso en medio de las tinieblas del paganismo, resulta de esta conformidad una de las pruebas mas significativas que sea posible imaginar; pero estas verdades no se prueban ni por el cálculo, ni por las leyes del movimiento. El que ha pasado su vida sin haber gustado jamás de las cosas divinas, el que ha estrechado su entendimiento y secado su corazon por medio de estériles especulaciones, que no pueden ni volverle mejor en esta vida, ni prepararle para la otra, rechazará esas pruebas y nada comprenderá de ellas. Hay verdades que el hombre no puede conocer mas que con el *entendimiento de su corazon* (1). Mas de una vez el hombre honrado queda conmovido al ver que personas cuyas luces aprecia, se resisten á pruebas que le parecen tan claras; lo cual es una pura ilusion. Esas personas carecen de un sentido, y ved ahí en lo que consiste todo. Cuando el hombre por ilustrado que sea carece de sentido religioso, no solamente no podremos convencerle, sino que hasta ni tendremos ningun medio de hacernos entender de él; lo cual no prueba mas que su desgracia. Todos saben la historia del ciego de nacimiento, que descubrió á fuerza de reflexion, que *el color carmesi se parecia muchísimo al sonido de la trompeta*; luego que este ciego fuese un necio, ó que fuese un *Saunderson* ¿que importa al que sabe lo que es el color carmesi?

Se necesitan grandes detalles para tratar profundamente la interesante materia de los sacrificios; pero temo estraviarme y abusar de vuestra paciencia. Es uno de los puntos que exige para ser tratado á fondo toda la calma de una discusion escrita. Creo al menos, amigos míos, que sabemos bastante sobre los sufrimientos del justo. Este mundo es una milicia, un combate eterno. Todos los que han peleado valerosamente en una batalla se hacen desde luego acreedores á las alabanzas; pero la mayor gloria corresponde sin duda á aquel que vuelve herido. Estoy seguro de que no habreis olvidado lo que el otro dia nos decia un hombre de entendimiento, y á quien aprecio de todo corazon. «No soy decia, del parecer de Séneca que no se admiraba si Dios se com-

(1) MENTE CORDIS SUI. (Luc-I, 51.)

«placia en ver de tiempo en tiempo á un grande hombre entregado á la adversidad (1). En cuanto á mi, os lo confieso, no comprendo como Dios puede complacerse en atormentar á los «hombres honrados.» Tal vez con esta burla filosófica dejaría turbado á Séneca pero por lo que hace á nosotros, no nos confundiría. No hay en rigor *justo* como tantas veces hemos dicho; pero si hay algun hombre *bastante justo* para merecer las complacencias de su Criador ¿quien podrá admirarse de que Dios, CUIDADOSO DE SU PROPIA OBRA, experimente un placer en perfeccionarla? El padre de familia puede reirse de un criado grosero que jura ó que miente; pero su mano, tiernamente severa, castiga rigurosamente las mismas faltas en su hijo único, cuya vida rescataría de muy buena gana, con la snya. Si la ternura no perdona nada es para no tener nada que perdonar. Enviando Dios tribulaciones al hombre de bien, lo purifica de sus faltas, le precave contra las faltas futuras y lo dispone para el cielo. Sin duda *experimenta un placer* al verle escapar de la inevitable justicia que le espera en el otro mundo. Hay algun gozo mas grande para el amor que la resignacion que le desarma? Y si se considera ademas que sus sufrimientos no solamente son útiles para el justo, sino que por una santa aceptacion pueden convertirse en provecho de los culpables, y que sufriendo de este modo, sacrifica realmente por todos los hombres, se convendrá desde luego que es en efecto imposible idear un espectáculo mas digno de la divinidad.

Todavía diré otra palabra sobre los sufrimientos del *justo*. ¿Creeréis por ventura que la vibora no sea un animal venenoso sino en el momento que muerde, y que el hombre afligido por el mal caduco, no es verdaderamente epileptico sino en el momento del acceso?

EL SENADOR.

Adonde vais á parar, mi querido amigo?

EL CONDE.

No daré un largo rodeo como vais á ver. El hombre que no conoce al hombre mas que por sus acciones, no le declara *malvado* sino cuando le vé cometer un crimen. Sin embargo, tanto valdria creer que el veneno de la vibora no se engendra en el momento de la mordedura. La ocasion no hace al hombre *malvado*, sino

(1) *Ego vero non miror si quando impetum capit (Deus) spéctandi magnos viros colluctantes cum aliqua calamitate... Ecce spectaculum dignum ad quod respiciat INTENTUS OPERI DEUS! Ecce par Deo dignum vir fortis cum mala fortuna compositus!* (Sen., de Prov. cap II.)

que le manifiesta (1). Pero Dios que todo lo vé, Dios que conoce nuestras inclinaciones y nuestros mas intimos pensamientos; mejor que los hombres se conocen unos á otros, emplea el castigo por via de remedio, y hiere al hombre que nos parece sano para estirpar el mal antes del parasismo. Nos sucede muchas veces en nuestra ciega impaciencia quejarnos de la lentitud con que la Providencia castiga los crímenes; y por una singular contradiccion la acusamos tambien cuando su beneficosa celeridad reprime las inclinaciones viciosas antes que hayan producido los crímenes. Algunas veces deja Dios libre á un culpable conocido, mientras que otras castiga al culpable encubierto; porque este castigo debe salvar á un hombre. Asi es como el sabio médico evita fatigar por medio de remedios y operaciones inútiles á un enfermo sin esperanza. «*Dejadle*, dice retirándose, *entretenedle, y dadle cuanto pueda*» pero si la constitucion de las cosas le permitiese ver distintamente en el cuerpo de un hombre perfectamente sano, en apariencia, el germen del mal que debe matarle mañana, ó dentro de diez años, ¿no le aconsejaria someterse á los remedios mas desagradables, á las operaciones mas dolorosas? si el cobarde enfermo prefriese la muerte al dolor, el médico cuya vista y cuya mano hemos supuesto igualmente infalibles, aconsejaria á sus amigos que lo atasen y que apesar suyo le conservasen á su familia. Esos instrumentos de cirugia, cuya vista nos hace palidecer, la sierra, el trepano, las tenezas, el litótomo etc., no han sido inventados por un genio enemigo de la especie humana. Pues bien: esos instrumentos son en la mano del hombre para la curacion del mal fisico, lo que el mal fisico es en la de Dios para la estirpacion del verdadero mal (2). ¿Un miembro relajado ó fracturado puede ser restablecido sin dolor? ¿Una llaga, una enfermedad interna, podrán curarse sin abstinencia, ni privaciones de todo género y sin régimen mas ó menos penoso? ¿cuantos remedios hay en la farmacopea que no sean repugnantes á nuestros sentidos? Los padecimientos causados inmediatamente por las enfermedades, ¿que otra cosa son que el esfuerzo que la vida hace por defenderse?

(1) Todo hombre instruido reconocerá aqui algunas ideas de Plutarco. (De sera Num. vind.)

(2) Puede decirse de los sufrimientos precisamente lo que el principe de los oradores cristianos ha dicho del trabajo: «nosotros somos pecadores, y como dice la escritura: *todos hemos sido concebidos en la iniquidad*... Luego «Dios envia al hombre el dolor como una pena por su desobediencia y por su rebelion; y esta pena respecto á nosotros es á la vez satisfactoria y preservatriz. Satisfactoria, para espíar el pecado cometido, y preservatriz, para impedirnos cometerlo; satisfactoria porque hemos sido prevaricadores, y preservatriz para que dejemos de serlo.» (Bourdaloue, Sermon sobre la ociosidad.)